

V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe, 2004.

El Papel de la Universidad en la Reetnificación Indígena Urbana en Santiago de Chile.

Luis Campos Muñoz.

Cita:

Luis Campos Muñoz (2004). *El Papel de la Universidad en la Reetnificación Indígena Urbana en Santiago de Chile. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/116>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/g4N>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

regional de EIB-2003 (PAS-POA). PEIB-MINEDUC, Gobierno de Chile, Santiago de Chile.
SCHIEFELBEIN, E., 2002. ¿Qué es la educación pública?. En: Foro "La Educación Chilena. Pasado, Presente y Futuro". Foro organizado por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
SALAZAR, G., 1996. Las avenidas del espacio público y el avance de la educación ciudadana. En *Revista Última Década*. N° 4, CIDPA, Viña del Mar, Chile.

SILVA, M., 2001. A propósito de la reforma curricular. En: *Revista Docencia*. N° 14, Colegio de Profesores de Chile, Santiago de Chile, pp. 37-47.
TAYLOR, C., 1993. *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento"*. Fondo de Cultura Económica, México.
VERDAD HISTÓRICA Y NUEVO TRATO, 2003. *Informe de la Comisión Verdad Histórica y Nuevo Trato de los Pueblos Indígenas*. Santiago de Chile.
ZIZECK, S. y JAMESON, F., 1998. *Estudios culturales. reflexiones sobre el multiculturalismo*. Editorial Paidós, Bs. Aires.

El Papel de la Universidad en la Reetnificación Indígena Urbana en Santiago de Chile

Luis Campos Muñoz

Esta ponencia reflexiona acerca del papel de las Universidades y su relación con las organizaciones indígenas urbanas. Toda universidad plantea, además de intereses de formación discente, una labor social y de extensión que puede eventualmente apoyar los procesos de reetnificación y de desarrollo de los indígenas, especialmente de aquellos que viven actualmente en las ciudades. Si bien la relación lógica es a través de becas de estudio, el asesoramiento en materias técnicas de diversa índole, el apoyo del alumnado en actividades comunitarias, la realización de proyectos en conjunto y la concordancia en programas políticos afines, han demostrado ser de suma importancia para la gestación de espacios autonómicos de los indígenas en la ciudad. Convenios de trabajo, capacitaciones conjuntas, actividades de difusión cultural y, el reconocimiento abierto de los "hombres de conocimiento", sabios y especialistas indígenas que no han tenido formación universitaria, han servido para mejorar sustancialmente las relaciones interétnicas y potenciar una mirada menos estigmatizante de los indígenas en la ciudad. En este sentido, si bien las organizaciones indígenas urbanas están constantemente siendo requeridas por las universidades y academias para la realización de sus investigaciones, esto no se ha traducido en una mayor pertinencia de las instituciones educativas en relación a los pueblos originarios. Si bien esta situación es marcada también en las zonas rurales, la cercanía geográfica al vivir en la ciudad les permite a los indígenas urbanos no sólo llegar a ser estudiados por las academias, sino también estudiar en ellas, hacer proyecto en conjuntos, ser asesorados, etc.

Los antropólogos y su dualidad en la intervención social

Los intelectuales que están cobijados en la universidad no pueden en la actualidad contentarse con la investigación de los aspectos teóricos que les interesan por sus actividades académicas, sino también deben comprometerse con el trabajo activo por aquellos que indudablemente los ayudan cotidianamente a mejorar sus calidades de vida en la medida que publican libros, se hacen conocidos en el mundo intelectual, o simplemente les ayudan a mantener los puestos de trabajo en sus instituciones educativas. En este sentido, por ejemplo, no basta con recibir dinero por y para investigar la actual situación política de los mapuche, sino que se deben orientar los esfuerzos para intentar resolver los problemas políticos que aquejan a los indígenas. Esto se ha topado con la falsa dicotomía, por un lado entre una idea de ciencia que busca fundamentalmente la objetividad, amparándose en una neutralidad inexistente y, por el otro, una ciencia antropológica aplicada, práctica y comprometida con los trasfondos políticos y la situación de dominación que sufre la mayor parte de los sujetos investigados por las ciencias sociales.

En este sentido se presenta esta falsa dicotomía que intenta alejar a los universitarios del trabajo intelectual crítico y comprometido con los sujetos de estudio, o de la misma ejecución de proyectos y actividades de directa vinculación con prácticas concretas y con fines claros y acotados que benefician a los "estudiados". Esta falsa dicotomía se presenta en términos de desmerecer

los esfuerzos por transformar directamente la realidad por medio del trabajo del intelectual orgánico y comprometido planteando, por ejemplo, que el antropólogo no debiera transformarse en un asistente social y que debe reducir su trabajo a la reflexión pura y descomprometida, situándose en un neutro que sin ser tal, intenta oscurecer los privilegios que ostentan en sus posiciones academicistas de clases acomodadas.

En esta línea, un antropólogo debería reflexionar sin mayor involucramiento en las cuestiones de su estudio, so pena de perder la tan mentada neutralidad y la objetividad de todo hombre de ciencia. Se presenta así al intelectual como una especie de artista, un poco excéntrico y alejado del mundanal ruido, que es de donde mejor se reflexionaría acerca de la realidad. Insisto, esta es una falsa dicotomía, puesto que aún a pesar de sus deseos, estos intelectuales continúan siendo operarios de sus mismas instituciones universitarias y más aún, tampoco desechan el ejercer prácticas de acción e intervención, pero siempre y cuando quienes los contratantes puedan desembolsar un alto número de dólares, no importando si estas instituciones son grandes empresas mineras o el mismo aparato estatal construyendo carreteras, centrales hidroeléctricas y otros proyectos de intervención.

Es ahí cuando, detrás de un no despreciable puñado de dólares, el intelectual artista se vuelve ejecutor y obedece ciegamente a los designios de sus patrones y la mayor parte de las veces en contra de las poblaciones sujetos de estudio, argumentados en la necesidad de paliar los efectos del avance occidental y desarrollista, que dicen ocurrirá de una u otra manera, asumiendo erróneamente, en representación de los mismos nativos, una posición de derrota ante el desarrollismo y la modernización. Es paradójico que esta posición está marcada por opciones teóricas que en las ciencias sociales y, claramente en la antropología, están llenas de prejuicios y dictan mucho de ser verdades objetivas. Así, mientras se beneficia a los antropólogos, las opciones teóricas, los diagnósticos realistas de la situación social y la intervención en los procesos sociales, son bienvenidos, mientras que todo cambia cuando los beneficiados deben ser no los aparatos de poder, sino las poblaciones subalternas.

Un ejemplo de manipulación y falsa comprensión teórica se da en el tratamiento de los actuales procesos identitarios que son investigados por los intelectuales que asumen un discurso objetivista, basado muchas veces en investigaciones etnográficas e históricas que se inician sin cuestionar los supuestos homogeneizantes

e invisibilizadores con los que se acostumbra a ver y analizar a los pueblos indígenas. Se ha cuestionado así, que la actividad académica comprometida estaría generando fórmulas de intervención que inventarían nuevos indígenas, manipulados por razones instrumentales muchas veces de ellas estatales, pero también académicas. En este sentido se tiende nuevamente a deslegitimar las reivindicaciones de miles de personas y a considerarlos inferiores y sin posibilidad de generar nuevos movimientos sociales. Es más, con una soberbia despampanante, se estima posible que un solo intelectual-artista, haciendo eco de sus dotes mágicas, podría llegar a inventar a una etnia y que los posibles miembros de ese nuevo e imaginado pueblo, aparecerían como consecuencia de su propia intervención, más que por las cualidades históricas y programáticas de sus vidas cotidianas.

Se argumenta en este sentido, que los intelectuales deberían dejar de intervenir puesto que están generando nuevos movimientos sociales, desconociendo por otro lado que de todas formas se interviene a partir del neutro aparentemente despolitizado de su accionar científico. Este es el caso de conceptos teóricos como etnogénesis, reetnificación e invención de la tradición, los que son utilizados para deslegitimar las reivindicaciones indígenas, despolitizarlas y vaciarlas de una pretendida objetividad en sus fundamentos. Se olvida, no obstante, que la ciencia en general y, específicamente la antropología, no tiene, ni ha tenido una actitud neutral. El mismo origen de la disciplina antropológica nos plantea un maridaje con el colonialismo que posteriormente ha sido repetido en algunas tradiciones antropológicas latinoamericanas como la brasileña y principalmente la mexicana, en donde la antropología se ha puesto al servicio de los intereses del Estado, ya sea para paliar los efectos nocivos de los distintos frentes de expansión, como para ayudar a entender, proteger, pero también superar la heterogeneidad interna de los heteróclitos estados-naciones americanos.

En Chile, contamos en la actualidad con antropólogos trabajando en diversas dependencias estatales, específicamente con relación a la población indígena en los Ministerios de Planificación Nacional (a cargo de la cuestión indígena), de Agricultura, Obras Públicas, Educación, Salud, sólo por mencionar algunos. Desde este sitio ellos responden técnicamente a las exigencias de trabajar con pueblos originarios, pero también evidentemente responden al Estado y al gobierno que los contrata, la mayor parte de las veces en malas condiciones laborales, lo que sumado a la escasez de oferta laboral,

termina por configurar un cuadro de dependencia que atenta contra cualquier neutralidad. De hecho un antropólogo a cargo de un programa de gobierno, se refería a sus pares argumentando que estábamos criticando al Estado, pero a su vez alimentándonos de su mano, lo que obligaba a los antropólogos a ser leales y no críticos con el gobierno. En México, hay que recordar lo que planteaba en los inicios de la disciplina un antropólogo tan importante como Manuel Gamio cuando decía que la antropología debía ser una herramienta para el ejercicio del buen gobierno. Años después, otro gran indigenista, esta vez Guillermo Bonfil-Batalla, planteaba que este matrimonio estaba en crisis y que se avecinaba el divorcio definitivo. No obstante, ambas versiones ponen a colación la estrecha relación entre la labor estatal y la disciplina antropológica, lo que evidencia su poca neutralidad a la hora de trabajar y de estudiar a la población indígena.

Esta neutralidad y ausencia de compromiso político con los sujetos, y aún más reticencia a la intervención por los nativos, es algo ya diagnosticado desde antaño en la disciplina antropológica, bastando citar como ejemplo las críticas a la clara falta de interés político en la etnografía de Clifford Geertz cuando realiza su trabajo de campo en Bali, casi sin mencionar las atrocidades que contextualizaban el accionar de la policía en contra de los balineses en una férrea dictadura, como también al lugar en el que Renato Rosaldo (1991) invitaba a posicionarse cuando planteaba la existencia de una nostalgia imperialista que estaría predominando en el discurso antropológico que, por un lado critica desde la academia el impacto de occidente, pero por el otro, no deja de ser sujeto activo del mismo frente de expansión que causa los peores daños a las poblaciones en estudio. Y, no obstante, el mundo académico manifiesta una clara posición de autonomía con relación a otras formas de generar y practicar conocimientos, a mi juicio esta no se aprovecha por la excesiva valoración que se le da a las actividades intelectuales y por la ya mencionada búsqueda de neutralidad. De esta manera, los antropólogos y otros académicos, han optado muchas veces por desprestigiar y minorizar el trabajo de gestión cultural por considerarlo poco importante y ajeno a sus preocupaciones académicas.

Por último, no se debe olvidar que las y los académicos, de todas maneras han históricamente presentado una cara crítica y autónoma al orientar sus investigaciones y prácticas, si bien para que esto realmente se aplique debe existir una institución que no dependa directamente del Estado o de fondos privados vinculados a grupos

o personas que atentan en este caso contra los derechos indígenas. En este sentido, las Universidades y el mundo académico que no se financia directamente de los fondos estatales, tiene una ventaja considerable a la hora de gestionar programas con mayor independencia de las presiones del Estado, lo que permite ir generando otras formas de trabajo con el mundo indígena. De no ser así le podría ocurrir que los financistas retiren los fondos de investigación o que presionen a las autoridades para eliminar ciertos programas que al parecer asumen un punto de vista crítico o comprometido con los nativos, lo que ocurrió efectivamente en una universidad del sur de Chile, restringiendo los recursos a programas pro-indígenas debido a la presión de grandes empresas que tienen litigios actualmente con los mapuche, y que entregan buenos capitales a las instituciones educativas.

Los pueblos indígenas y su relación con las universidades

Se deben entonces plantear los fundamentos sobre los cuales se puede cimentar una relación simétrica que permita guiar el diálogo intercultural, partiendo de la base evidente acerca de la poca presencia indígena en las universidades y el escaso éxito en superar las brechas entre indígenas y no indígenas en el ámbito educativo. Ante eso se debe partir de una constatación, que es a todas luces negativa: a pesar de todos los esfuerzos discursivos por posicionar de mejor manera a los pueblos originarios en el contexto educativo de los sectores dominantes culturalmente, no se ha conseguido avanzar lo suficiente en este ámbito. Específicamente se señala que la brecha entre las personas no indígenas y las indígenas tanto a nivel económico como educacional siguen siendo muy alta y no han variado sustancialmente las distancias a pesar del conjunto de becas y otros beneficios que se han entregado en los últimos años. Los antecedentes estadísticos (encuesta CASEN 2003, Censo 2002) indican que en todos los niveles educacionales se aprecian marcadas diferencias en términos de la participación indígena y no indígena. Esto se va acentuando a medida que se va avanzando en el proceso educativo lo que se traduce prácticamente en la ausencia de la población indígena en la educación superior. Lo anterior si bien ha ido lentamente cambiando en la sociedad chilena, refleja la relación doble vinculante que tienen los indígenas con la educación, ya que si bien esta aparece como una herramienta para la superación de las barreras que inferiorizan a los indígenas, por otro lado implican que necesariamente en la medida que se

va ascendiendo en el proceso educativo, van desapareciendo los elementos pertinentes en relación con su cultura y aumentando aquellos que sirven para su descaracterización cultural. En este sentido, ni siquiera la enseñanza primaria tiene políticas pluriculturales (aún en espacios mayoritariamente indígenas), lo cual se va acentuando en la enseñanza media y más aún en la enseñanza superior. Ante esto resulta de vital importancia que las universidades diseñen estrategias educativas que permitan incorporar de manera eficaz en sus currículos formas de educación intercultural o pluricultural que den cuenta del universo diverso que conforman las sociedades en los países latinoamericanos y que permitan de una vez por todas apuntar a la superación de tales brechas. De esta manera, las universidades no han podido, desde sus estructuras tradicionales, alterar el estado de dominación indígena. Se ha planteado que los indígenas tienen la posibilidad de formarse, pero siguiendo claramente el camino de la asimilación.

La respuesta indígena a esta situación ha tendido no sólo a exigir la participación en estos ámbitos educativos superiores, sino también a la demanda por crear instituciones educativas específicas de los indígenas, en las cuales la forma y el fondo educativo sean pertinentes con sus realidades. Ejemplo de esto son la Universidad Amautaywasi del Ecuador y las actividades docentes vinculadas al CRIC del Cauca en Colombia, los cuales han comenzado por crear instituciones de educación superior que suplan la falencia en diversas áreas, pero que fundamentalmente planteen formas educativas pertinentes con las realidades indígenas que las sustentan.

En este sentido, los pueblos originarios pretenden participar en la construcción curricular y en la misma administración de los centros educativos, definiendo líneas programáticas pertinentes y adecuando los procesos educativos a las necesidades específicas de los pueblos originarios y no necesariamente a reproducir los idearios estatales que se generan y transmiten con criterios nacionalistas, occidentalistas y mono étnicos, sin ningún reconocimiento de la diversidad y la pluralidad cultural.

Todo lo anterior se facilita cuando los indígenas promueven sus propias instituciones educativas, como en los casos antes señalados, no obstante incluso estos esfuerzos se encuentran ante las negativas tajantes de los estados que no quieren perder protagonismo e influencias en la formación de sus ciudadanos. Es por esta razón que plantear nuevas formas de relación entre los

pueblos originarios y las universidades se vuelven de vital importancia e implica no sólo el apoyo en los procesos de reetnificación, sino también la posibilidad de generar en las instituciones docentes los marcos curriculares específicos que satisfagan la demanda indígena. Esto se puede desplegar por ejemplo al tornar más pertinentes algunas de las mallas curriculares de distintas carreras de manera que ya sea directa o transversalmente, se incorporen las temáticas indígenas en todo el quehacer educativo y para toda la comunidad universitaria, y no sólo para aquellos que son indígenas. De lo contrario no se estaría superando el problema originado en la falta de sensibilidad y de conocimientos que se tienen acerca del mundo indígena y que claramente da pie a posiciones exotizantes que tienen a generar, sobre bases falsas y a veces malintencionadamente planteadas, el imaginario que se tiene sobre el indígena.

Otra alternativa que tienen las universidades a este respecto es crear y potenciar programas específicos en donde contratantes indígenas ejercen un control más pleno del proceso educativo en su conjunto y dictan las reglas sobre las cuales deben operar desde los objetivos docentes, hasta la malla curricular y la misma didáctica de cada curso. En este caso los indígenas, ya sea de manera directa o mediatizados por ONGs o por oficinas estatales y/o de carácter religioso, imponen sus criterios y necesidades negociando un apoyo técnico y logístico de la instituciones de educación superior, pero manteniendo la autoridad y la propiedad de los proyectos educativos.

En las universidades se han gestado importantes movimientos que han apoyado las reivindicaciones de los diferentes pueblos indígenas. Si bien muchas de estas iniciativas han tenido importantes logros, no lo han conseguido precisamente por los deseos de las mismas instituciones académicas. Más bien ha sido como resultado no esperado de esta relación. Ejemplo de estos son las organizaciones estudiantiles y los movimientos de indígenas con relación a los hogares universitarios, en donde llegan eventualmente a confluir no sólo alumnos de distintos pueblos indígenas, sino también de diversas zonas y realidades de un mismo pueblo.

Hacia una nueva relación

¿En qué consiste esta nueva relación?

En primer lugar es bueno para las universidades tener una contraparte que sea fuerte, bien organizada y demandante, es decir, asociaciones indígenas que dejen

de lado el rol exclusivo de solicitadoras de recursos y pasen a ser contratantes de los servicios de los antropólogos. Lo anterior debería promover la participación por parte del mundo universitario en las actividades de las organizaciones indígenas en la ciudad. Esto puede ayudar a las instituciones a obtener una mayor visibilidad en el mundo urbano en general, pero sobre todo en el que corresponde a sectores periféricos y de clases no acomodadas, pero además, entregar una nueva legitimidad al accionar investigativo que se funda a partir de entonces en la relación de cooperación estrecha entre el mundo académico y el mundo organizacional. También es beneficioso para las asociaciones indígenas que ven en las instituciones de educación superior una fuente de reconocimiento de sus prácticas organizativas y de sus reivindicaciones y demandas.

En este sentido los intelectuales se han predispuesto hacia situaciones de trabajo mutuo con las asociaciones indígenas, si bien siguen siendo *winkas* o extranjeros, se los diferencia al fin y al cabo por tener una mayor sensibilidad hacia las demandas indígenas, lo que posibilita que se disminuya la segura desconfianza con que los indígenas miran a los no indígenas. Lo anterior permitirá en el futuro plasmar más fácilmente alianzas estratégicas para potenciar luchas que beneficien a la sociedad civil chilena e indígena y no sólo a los contratos académicos o a los intereses estatales y partidistas.

Los académicos e intelectuales, específicamente los antropólogos, tenemos una competencia técnica en el área de la cultura. Sabemos enfrentarnos a una lógica intercultural o la sabemos reconocer en donde esta es negada o oscurecida por las discriminaciones étnicas y por la invisibilización. En este sentido nuestra labor debe apuntar a conseguir resultados que vayan más allá de esperar que los indígenas nos lean. Si bien ellos lo están realizando y discuten con las propuestas que tienen los académicos, lo que les interesa es que el saber específico de nuestras disciplinas pueda ser volcado a fortalecer y potenciar sus actividades.

De esta manera es que se apoyan los procesos de reetnificación, es decir, trabajando técnicamente las demandas de una población que está en un proceso constante de reafirmación étnica y encuentran en los antropólogos los interlocutores válidos para reconocerse y reafirmarse en su calidad de indígenas, mapuches, aymaras, etc.

La mediación intercultural es otra manera de poder intervenir en la forma en que son tratados los indígenas en la ciudad. Los municipios, las intendencias, los servicios públicos no tienen la sensibilidad (política sin duda) para

entender las lógicas interculturales y tienden a imponer sus ideas de manera permanente y discriminatoria.

Por el otro lado las organizaciones tienden a también muchas veces a victimizarse y dejar de lado con esto un papel activo en sus demandas. En esto ven a la Universidad como una fuente de recursos y a los antropólogos como funcionarios que deberían satisfacer sus necesidades más inmediatas.

En este sentido la asociación entre organizaciones indígenas y los antropólogos puede ser de utilidad siempre y cuando podamos no imponer nuestras percepciones y estemos dispuestos a trabajar en conjunto con las organizaciones y sus demandas. El reconocimiento institucional que tienen las universidades es algo que de una u otra manera es buscado por las organizaciones. Al parecer es una buena vía de ser aceptados y reconocidos por el resto de la sociedad. Es decir, si la universidad que es una institución respetada y consolidada nos reconoce, el resto de la población también lo debería hacer.

Otra cosa es el dejar de lado las formas nuestras de entender los procesos y no maximizar lo que sabemos. En la etnografía siempre se ha planteado que los conocimientos no están en los antropólogos, sino en aquellos que son estudiados. Y creo que hemos sido de gran utilidad como mediadores de los conocimientos que nosotros sí vemos en los otros y aquellos que no los ven o no valoran.

Pero en realidad lo que se debe fortalecer es la utilización técnica de los saberes antropológicos por parte no ya de los colonizadores y sí por parte de los ex colonizados.

Bibliografía

- BRIONES, CLAUDIA. 1998. *La alteridad del "cuarto mundo". Una desconstrucción antropológica de la diferencia.* (pág. 15-140). Ediciones del Sol, Buenos Aires, Argentina.
- CLAVERO, BARTOLOMÉ. 1997. Multiculturalismo y Monoconstitucionalismo de lengua castellana en América. En Magdalena Gómez (coord.), *Derecho Indígena.* (pág. 65-119). Editora INI-AMNU, México.
- DIETERICH, HEINZ. 1996. Globalización, educación y democracia en América Latina. En Noam Chomsky y Heinz Dieterich, *La sociedad global. Educación, Mercado y Democracia.* (pág.43-175). Editora Lom, Santiago, Chile.
- FERREIRADA SILVA Y AZEVEDO, MARTA MARÍA. 1995. *Pensando as escolas dos povos indígenas no Brasil: o Movimento dos Professores do Amazonas, Roraima e Acre.* En Aracy Lopes da Silva y Luis Donisete Benzi Grupioni, *A temática indígena na escola.* Editora MEC- MARI- UNESCO, Brasília, Brasil.

- GEERTZ, CLIFFORD. 2002. El mundo en pedazos: cultura y política en el fin de siglo. En *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. (pág. 211-267). Editora Paidós, España.
- HALL, STUART. 1997. *Identidades Culturais na posmodernidade*. Editora DP&A, Rio de Janeiro, Brasil.
- LÓPEZ, LUIS ENRIQUE E SICHRA, INGE (EDS). 2005. Las organizaciones indígenas y su papel en un programa de educación superior en los Andes. En *Movimientos indígenas y Estado en Bolivia*. (pág. 229-260). Editora Proeib Andes-Cenda-Plural, La Paz, Bolivia.
- LOPES DA SILVA, ANA VERA y VIEGAS DA SILVA, ROBSON FELIPE. 2001. Construção de históricas, ensino de história: algunas propuestas.. En *Práticas Pedagógicas na Escola Indígena*. (pág. 185-207). Editora Fapesp-Global-MariWWW, São Paulo, Brasil.
- MARTÍNEZ, CARLOS y BOLÍVAR, JOSÉ. 1994. Conclusiones y lineamientos administrativos. En *La educación como identificación cultura y la experiencia de educación indígena en Cotopaxi*. (pág. 289-345). Editora Talleres Abya-Yala, Ecuador.
- REPETTO, MAXIM. 2002. Reivindicaciones de educación indígena en Roraima-Brasil. En *Revista de la Academia*, N. 7, Primavera. (pág. 145-160). Editora UAHC, Chile.
- ROSALDO, RENATO. 1991[1989]. La erosión de las normas clásicas y Después del Objetivismo. En R. Rosaldo: *Cultura y Verdad. Nueva propuesta de análisis social*. Editorial Grijalbo, México.
- VARESE, STEFANO. 1987. La cultura como recurso: el desafío de la educación indígena en el marco de un desarrollo nacional autónomo. En M. Zúñiga, J. Ansión y L. Cueva, *Educación en poblaciones indígenas. Políticas y estrategias en América Latina*. (pág. 169-191). Editora UNESCO- OREALC, Chile.